

RESEÑAS

CERDA, Hugo,

Literatura infantil y clases sociales. Madrid, Akal Editor, 1978, 206 pp.

La importancia de este libro reside en que se trata de una investigación bibliográfica profunda de una parte de la literatura dirigida a los niños, que se usa con frecuencia por padres y maestros sin cuestionar sus contenidos. El autor se refiere también a la imaginación y a la fantasía como aspectos del proceso de aprendizaje del niño, frente a la realidad y la importancia de que estos instrumentos de educación infantil se acerquen lo más posible a la realidad cotidiana del infante.

Utiliza categorías del marxismo para apoyar sus afirmaciones y presenta el panorama de la literatura infantil, inserta en el contexto socioeconómico y político de distintas etapas de la historia de la humanidad, especialmente de la Edad Media europea. Entra, además, al terreno de los valores y su influencia en el desarrollo de los menores y cuestiona distintos enfoques literarios y psicológicos que se han publicado sobre el tema y que dejan de lado la cuestión histórica y social, en este campo poco explorado de la producción de materiales infantiles.

El autor señala como su objetivo fundamental el desmitificar la literatura infantil “clásica” desde un punto de vista de la realidad histórica, la ideología y la lucha de clases; enfoque que en este tipo de literatura y en otros ha sido poco investigado.

Su trabajo tiene como soporte la concepción del materialismo histórico y dialéctico, por medio del cual sostiene que los cuentos de hadas y narraciones afines apoyan la dominación que una clase social tiene sobre otra. Por ello, el niño de la clase proletaria en América Latina requiere de otro medio de expresión, que contemple verdaderamente sus intereses y necesidades y su papel en la historia, y éste puede ser un campo de enorme riqueza para la creación y la investigación de los pedagogos, psicólogos y sociólogos de lo educativo.

Hugo Cerda proporciona cifras sobre la desnutrición y la morbilidad y mortalidad infantil en América Latina y cuestiona la teoría de la desigualdad social por las “dotes” o “aptitudes”, la “neutralidad”, la universalidad infantil y el hecho de que el régimen social se plantee como natural e inmutable; conceptualizaciones artificiales, que pretenden ocultar el fondo económico y social de la explotación.

Las clases dominantes han tenido históricamente injerencia directa en el trabajo intelectual, dejando de lado el de tipo manual a las clases dominadas. Esta disociación se transmite al niño, quien experimenta desde su nacimiento las diferencias.

La conciencia de clase comienza a surgir en el infante como un sentimiento instintivo, que será enfrentado constantemente por los grupos en el poder, que explotan la fantasía e imaginación del niño.

La imaginación no es autónoma, está estrechamente ligada a la realidad objetiva, la personalidad, los intereses, los conocimientos y hábitos del hombre social. En los cuentos de hadas, sin embargo, la realidad se presenta como esquemática y rígida. El niño proletario no podrá hallar ahí su propia realidad, sino una visión deformada de la historia y una dependencia psíquica con respecto a lo mágico. Frente al mundo hostil, las narraciones fantásticas pueden convertirse en escape enajenante.

El autor describe como las principales fórmulas de la imaginación y de la fantasía, la aglutinación (combinación de propiedades de diversos objetos, animales o humanos en un sólo objeto o ser vivo), la hiperbolización (aumento o disminución de un objeto y sus partes con el fin de acentuar algún rasgo), la exageración y la esquematización o tipificación por medio de la cual se acentúan las semejanzas y se crean personajes universales. Especifica que estas cuatro formas casi nunca se presentan en estado puro y que continuamente se entremezclan.

Las metodologías y las religiones tienen en la imaginación y en la fantasía un enclave, puesto que estas últimas son una vía hacia el conocimiento, que se va perdiendo a medida que se desarrollan las ciencias.

Los mitos se insertaron en la literatura infantil desde sus orígenes y se han convertido en entidades ena-

jenantes, puesto que han sido usados ideológicamente para preservar el poder de unos sobre otros. Las narraciones infantiles consideradas clásicas, se desarrollan básicamente en un ambiente feudal (Edad Media europea) de corte ¡Extemporal, clasista, cerrado y “universal” donde nada cambia. Idea Alzan a los explotadores de la época y dejan de lado las luchas de reivindicación campesina y las condiciones de explotación de las grandes mayorías. Violentan, además, la realidad histórica al presentar con enorme frecuencia a los nobles ligados con personas de escasos recursos, como casi el único medio de ascender en una escala social, cuando en realidad la movilidad social era prácticamente inexistente.

Los cuentos presentan a un “pueblo” homogéneo y sumiso, enfatizan el fatalismo, el apostolado de los maestros rurales, la moral religiosa, la normatividad, el rol secundario de mujeres y niños y los defectos de los que carecen de bienes materiales. Desarrollan las historias con el antagonismo polar entre el bien y el mal, lo bello (bueno) y lo feo (malo); la felicidad recae en la riqueza y lo que es también útil. Por último, se habla del trabajo, pero no de los medios de producción. Se desprecia a la fuerza de trabajo, la explotación se presenta como natural, se glorifica el ocio y se abren como vías para dejar de ser miserables, el destino, el azar y la caridad de los nobles.

Son muchas las escuelas que utilizan los cuentos de hadas como material de lectura, puesto que se consideran clásicos y representativos de la literatura universal. Frente a lo ideológico de su contenido, se presenta la necesidad de cuestionar este tipo de cuentos y de elaborar otros, más acordes a la realidad del niño y a una sociedad heterogénea e históricamente cambiante.

ANA HIRSH ADLER.